

la admiracion de toda Europa y le granjeó el dictado de *Salomon de su siglo*. En 1434, disgustado del mundo, habia abdicado su trono en favor de Luis I, su hijo, y se retiró al eremitorio de Ripaglia, donde con siete señores de su corte instituyó la orden de San Mauricio. Cuando se le notificó la eleccion de los prelados cismáticos, Amedeo VIII, que estaba muy distante de pensar jamás ser papa, ignoraba el valor real de aquella asamblea. Hacia seis años que el mundo católico estaba acostumbrado á mirarla como concilio ecuménico, y solo un corto número de teólogos ilustrados habian seguido con atencion los acontecimientos y habian fijado su opinion. La masa de los católicos se engañaba de buena fe reconociéndolo legitimo. Amedeo VIII era de este número: y esto se hará menos extraño cuando se considere que hombres eminentes participaban del mismo error, y que hasta el mismo Eneas Silvio, mas tarde papa con nombré de Pio II, era entonces secretario del concilio de Basilea, y habia asistido al conclave como maestro de ceremonias. Amedeo VIII, no pudiéndose decidir á dejar su dulce retiro, rehusó aceptar; pero en fin se dejó vencer de las súplicas y lágrimas y tomó el nombre de Félix V. Entró con pompa en Basilea el 24 de junio de 1440 [se le confirieron los órdenes sagrados hasta el obispado inclusivamente por el arzobispo de Arles], y fué coronado como soberano pontífice. Pocos Estados le reconocieron por tal. El emperador Sigismundo habia muerto en 1437; y solo reinó dos años su sucesor, Alberto II de Austria. En 1439 la corona imperial pasó á Fedorico III. Este príncipe, de acuerdo con Carlos VII, rey de Francia, resolvió guardar la mas estrecha neutralidad entre Amedeo y Eugenio. La Francia mostró sin embargo mas tendencia al concilio cismático, donde predominaban los Franceses. Carlos VII, en una asamblea de príncipes de casa real y de altas dignidades de la Iglesia, hizo bajo el título de *pragmática sancion*, una acta que debió de lisonjear á los Padres de Basilea. Declaró en ella « que el concilio » general es superior al papa; suprimió las anatas, reservas y » expectativas de que hasta entonces habia estado Roma en

» posesion; y en fin restableció las elecciones en su forma primitiva, quitando al papa el derecho de nombrar obispos y » beneficiados. » Se ha querido dar á esta *Pragmática sancion*, valor de concordato, y este juicio supone no conocer los elementos de la jurisprudencia. No hubo tal concordato, por la sencilla razon de que no intervino ni Eugenio, ni otro papa en tal acta. Despues de la consumacion del cisma, el concilio de Basilea continuó hasta el 16 de mayo de 1443, en que celebró su última sesion.

16. El verdadero concilio general se habia abierto en Ferrara, el 10 de enero de 1438, bajo la presidencia del legado apostólico, san Nicolás Albergati. Eugenio IV entró con mucha pompa y majestad en esta ciudad el 27 del mismo mes; anuló todos los decretos y actas del falso concilio de Basilea, y lanzó excomunion contra el antipapa y sus adherentes. Pero habiéndose declarado la peste, la asamblea se trasladó á Ferrara, el 16 de enero de 1439, y por ello tomó la denominacion de concilio general de Florencia, décimosexto ecuménico <sup>1</sup>. Desde el 4 de marzo de 1438, el emperador Juan Paleólogo, acompañado del patriarca de Constantinopla y de los principales obispos de Oriente, despues de haber desembarcado en Venecia, se presentó en la asamblea. Al acercarse al papa, el emperador quiso poner rodilla en tierra, pero Eugenio IV le contuvo y le abrazó tiernamente. Se habian trasportado de Roma las cabezas de san Pedro y san Pablo, que se colocaron con el libro de los Evangelios en un trono magnífico. Desde el siguiente dia se hallaron en la misma asamblea las dos Iglesias, griega y latina, y comenzó la discusion. Los Latinos, y en especial el cardenal Julian, sobresalieron por su ciencia, lógica, elocuencia, tanto que dejaron atónitos á los Griegos, que no tenian idea de que tales lumbreras tuviese la Iglesia latina. De parte de los Orientales sobresalieron, entre otros, Besarion, arzobispo de Nicea, cuyo ingenio superior se realzaba mas y mas por su rectitud, buena fe y grandeza de alma,

(1) Seguimos á monseñor Palma en la nomenclatura de los concilios ecuménicos,

y Marcos, arzobispo de Éfeso, de inmenso talento, pero que se degradó por una lamentable é indómita terquedad. Se entabló la discusion sobre el purgatorio, cuya existencia, al menos segun la nocion católica, negaban los Griegos; sobre el *pan ázimo*, como materia de la Eucaristía; acerca de la vision beatífica, que segun los Griegos no ha de comenzar sino despues del juicio universal; sobre la procesion del Espíritu Santo, con la adiccion de la partícula *Filioque* en el Símbolo; y en fin sobre la primacía del papa. Fué cosa fácil entenderse sobre los primeros artículos; pero fueron muy vivos los debates acerca de los dos últimos. Los Griegos no cedieron acerca de la procesion del Espíritu Santo y de la adiccion del *Filioque* sino despues de haberseles declarado por los Latinos que solo admitian *un solo principio* del Espíritu Santo, es decir que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo *tanquam ab uno principio*. La dificultad acerca de la primacía no vino de parte de los obispos ni teólogos orientales, sino del mismo emperador. Reconocia este, en efecto, la supremacía del papa en general; mas no queria que se pudiese apelar á su tribunal del de los patriarcas, ni que se le reconociese el derecho de convocar, por sí solo, los concilios ecuménicos; é insistió tanto sobre este punto el emperador, que estuvo á punto de romperse toda negociacion, porque entreveia Paleólogo que le iba á privar de la especie de supremacía que sus antecesores habian ejercido de hecho sobre la Iglesia. Pero los obispos griegos comprendieron muy bien que su propia libertad é independencía consistia en la independencía y libertad del papa. En esto sucumbió el patriarca de Constantinopla á una larga enfermedad, en Florencia. Se le halló muerto cerca de un bufete, donde con mano trémula habia escrito estas sus últimas palabras: « José, por la misericordia de Dios, arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, y patriarca ecuménico. A punto de dar mi último aliento, he querido suscribir mi último sentimiento, para darlo á conocer á mis amantísimos hijos. Yo reconozco cuanto cree y enseña la santa Iglesia católica y apostólica de la antigua Roma. Confieso que

» el papa es el Pastor de los Pastores, el supremo pontífice y  
 » el vicario de Jesucristo en la tierra, establecido para confirmar á los cristianos en la fe. » La declaracion del moribundo patriarca produjo el mas poderoso efecto en los obispos griegos. Excepto Marcos de Éfeso, todos reconocieron unánimemente el primado del papa, y su concierto se trajo tambien la adhesion del emperador. Estaba pues terminada la discusion, y verificada la reunion de ambas Iglesias. El 6 de julio de 1439, Eugenio IV ofició de pontifical en presencia de los Griegos y Latinos. Fué en seguida á sentarse en un trono al lado derecho del altar: Juan Poleólogo se habia colocado en otro trono, á izquierda del altar: todos los prelados, revestidos de sus ornamentos pontificales, ocupaban sus sillas respectivas. Fué leído el célebre decreto de union *Lætentur cæli*, en latin, desde luego por el cardenal Julian, y luego en griego por Besarion, arzobispo de Nicea. El emperador y todos los miembros del concilio se llegaron entonces al papa segun la costumbre y le besaron la mano. El 26 de agosto siguiente, partió de Florencia Juan Paleólogo, llevando á Bizancio la fe de Constantino. Eugenio IV acabó de sellar esta union, elevando al cardenalato al arzobispo de Nicea, al célebre Besarion, cuyo genio y virtudes admiró todo el concilio. Tambien revistió de la púrpura romana á Isidoro, arzobispo de Kiow, metropolitano de todas las Rusias. Y como si todas las iglesias de Oriente hubiesen sentido simultáneamente la necesidad de la unidad, las diputaciones de Armenia, del patriarca de los Jacobitas de Etiopia, conocido bajo el título del *Preste Juan*, de la iglesia de Jerusalem, de la de Mesopotamia y de Ignacio, patriarca sirio, llegaron sucesivamente á Florencia, y reconocieron el primado de la Iglesia romana, haciendo acto de sumision en manos del soberano pontífice. Parecia que el Oriente habia querido consolar, con su sumision, á la Iglesia por el cisma de Occidente. Estos trabajos acabaron gloriosamente el décimoséptimo concilio general de Florencia, el 6 de abril de 1442. Basta confrontar estos actos con los del conciliábulo de Basilea, para calificar su valor respectivo.

17. Sin embargo, paz tan trabajosamente concluida, que unia las dos Iglesias de Oriente y Occidente, firmada por el emperador y los obispos y jurada por tantos preladados, no fué ratificada por la poblacion griega. A su regreso al Oriente, Marcos de Éfeso era para los Orientales un héroe, y hasta mártir, porque, solo, habia protestado á lo último contra la reunion. Metrofano, sucesor de José en la silla de Constantinopla, y que se sometió igualmente á la Iglesia, hecho blanco de insultos y ataques, murió de dolor en 1443. Juan Paleólogo era sobrado débil para contrarrestar á la opinion, y quedó tres años vacante la silla de Constantinopla; por fin aceptó este cargo tan espinoso Gregorio Meliseno: combatió tambien por la union; pero el emperador murió en 1445, y Juan Paleólogo, que le sucedió, estuvo menos destinado á reinar que á asistir á los funerales del imperio. Pero los Turcos irán muy pronto á hacer expiar á los Griegos su insubordinacion y continuas rebeldías contra la autoridad de la Santa Sede. « ¿Cómo fué, dice el Ilmo. Sr. Parisis, que la paz de Florencia se turbó desde los primeros meses? y cómo fué que cuatro años despues de la celebracion del concilio volvió á levantar cabeza el cisma sobre todos los puntos que habian sido objeto de la union? Fué obra del espíritu público, del espíritu de las masas, espíritu de division fomentado por accion de los príncipes, por el silencio é inaccion de los obispos. En vano quiso el emperador ejercer su poder supremo, ante el cual todo se inclinaba por lo regular; se le acusó de haber hecho traicion á la religion y deshonorado el trono. En vano apelaron los obispos á la confianza de sus ovejas; se les trató de *azimitas*, de apóstatas. Monjes ignorantes fanatizaron las muchedumbres contra los partidarios de Roma, á tal punto que en 1444, viendo el emperador á la mayor parte de los obispos que habian firmado la union arrastrados al cisma por el torrente, se halló impotente para hacer ejecutar el tratado que habia firmado á la faz del universo. »

18. Los dos concilios de Basilea y de Florencia habian lle-

nado todo el pontificado de Eugenio IV. Murió el 23 de febrero de 1447, en el momento en que la Alemania iba á salir de la neutralidad que habia pretendido observar entre las dos obediencias y declararse por el papa legítimo. Eneas Silvio, que habia sido secretario del concilio de Basilea, fué encargado por Federico III de negociar esta reconciliacion, como embajador de Alemania. « Santo Padre, dijo al papa al presentarse, antes de exponer las órdenes del emperador, permitidme decir algo de mí mismo. He dicho, hecho y escrito en Basilea muchas cosas contrarias á vuestra autoridad. Estaba en el error, y yo participaba de la misma suerte con hombres célebres, con doctores justamente afamados. Sin embargo, no era mi intencion dañar á Vuestra Santidad, sino hacerme útil á la Iglesia. Mas tarde quedé convencido de la ilegitimidad del concilio de Basilea, y me separé de él. Con todo, no vine aun á refugiarme en los brazos de vuestra misericordia, como lo han hecho la mayor parte. Temia caer en un escollo por evitar otro. Durante tres años me he quedado en la corte del emperador, guardando esta neutralidad. Las conferencias que he tenido yo despues con vuestros legados me han ilustrado en fin y hecho ver la justicia de vuestra causa. Yo sé ahora, y creo en el fondo de mi corazon, que vos teneis á vuestro favor la justicia y la verdad: y hé aquí porqué me envia el emperador cerca de Vuestra Santidad. He pecado por ignorancia, y os suplico absolvais á un pecador arrepentido. » No sabemos si la historia ofrece retractacion mas franca y sincera, mas honrosa y magnánima. El corazon capaz de sentimientos tan generosos debia mas tarde abrazar en su seno amoroso y caritativo á todas las iglesias. No solamente Eugenio IV perdonó á Eneas Silvio, sino que se lo agregó á su persona en calidad de secretario.

§ III. PONTIFICADO DE NICOLAO V (6 de marzo de 1447-24 de marzo de 1455).

19. La muerte de Eugenio IV no interrumpió las negociaciones: su sucesor, Tomás Sargana, cardenal de Bolonia, que